

Sumario

El Papa Juan Pablo II planteó en la Novo Millenio Ineunte la necesidad de promover una espiritualidad de la comunión como principio educativo en todos los espacios donde se forma el hombre y el cristiano y donde se construyen las familias y las comunidades. En esta línea, el autor de este artículo se propone profundizar en el origen, la naturaleza, el modelo y el fundamento teológico de la comunión eclesial, adentrándose en el corazón del misterio de la comunión trinitaria. Par lograr su objetivo profundiza en el origen trinitario de la Iglesia; examina la naturaleza de la unidad divina, revelada de modo trinitario, creadora de comunión; se detiene en la misión del Espíritu Santo como creador de la unidad; y concluye diciendo que la Iglesia no solo tiene un origen trinitario sino también un destino trinitario, ya que está llamada a la gloria de la Jerusalén celestial.

Fundamentos teológicos de la espiritualidad de comunión

David Pabón, Pbro. (Venezuela)

Licenciado en Teología Pastoral

Universidad Pontificia Bolivariana-UPB

*Instituto Teológico Pastoral para América Latina-
ITEPAL/CELAM*

Pretendemos esclarecer el origen, la naturaleza, el modelo y fundamento teológico de la Comunión eclesial, reafirmando que en la “Comunión Trinitaria”, se encuentran los fundamentos teológicos de la llamada Espiritualidad de Comunión.

Es el concepto de Espiritualidad de Comunión que ofrece el Papa Juan Pablo II al concluir el Gran Jubileo del año 2000: “Espiritualidad de Comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado”. (NMI 43).

La reflexión teológica conciliar toma conciencia de esta profundidad Trinitaria. Es decir, que vuelve a descubrir la dimensión interior y sobrenatural de la misma Iglesia, más allá de la exasperada acentuación de los aspectos visibles, jurídicos e institucionales que la había caracterizado.

Es una teología que manifiesta su relación con la Trinidad; porque cuando se habla de relacionarse con la Trinidad y profundizar en los fundamentos teológicos de la eclesiología de Comunión, evidentemente hay que adentrarse en el corazón del misterio Trinitario. Pues así mismo, la espiritualidad de la Iglesia, encuentra su naturaleza en la comunión, a ejemplo de la Comunión Trinitaria.

1. El origen trinitario de la Iglesia

Es oportuno, que al adentrarse en el estudio de este misterio de la Iglesia, se dé prioridad a los orígenes, es decir, a su génesis, como un punto de partida de la reflexión teológica, que nos irá guiando progresivamente hasta el corazón mismo o profundidad misma del misterio.

La Iglesia, ha realizado grandes esfuerzos para ir adentro, iluminada por el “Duc in altum” del Evangelio, y no quedarse en la periferia. Precisamente es esta realidad, la que dejó ver la teología del Concilio Vaticano II. Una Iglesia que, en importantes momentos, interiorizó y contempló la conciencia de sí misma, y que desde allí ha dado ciertamente pasos seguros.

Uno de estos momentos se contempló en el Seminario sobre el “Catolicismo Romano” que organizó el Instituto Ecuménico de Bossey (Suiza)^{*}, del Consejo mundial de las Iglesias, vinculado a la Universidad de Ginebra, celebrado en Mayo de 1983, debido a que fue allí, donde se presentó la concepción que la Iglesia Católica tiene de sí misma a partir del Concilio Vaticano II y dónde brotaron grandes interrogantes, como por ejemplo: ¿De dónde viene la Iglesia?, ¿Qué es la Iglesia?, ¿A dónde va la Iglesia?.

Son estos interrogantes, las que darán pie al desarrollo de este primer punto acerca de los fundamentos teológicos.

Ahora bien, a este respecto, es válido al mismo tiempo, dar una mirada hacia atrás^{**}. Para ello, el teólogo Bruno Forte apunta, que la concepción de la Iglesia que predominaba en la teología católica anterior al Concilio Vaticano II, se caracterizaba por lo que Yves Congar describe como “Cristomonismo”¹.

Es oportuno estudiar esta postura del llamado Cristomonismo eclesiológico, por cuanto, se relaciona con una espiritualidad que no sólo es individualismo sino relacionalidad.

^{*} “Les rencontres oecuméniques interconfessionnelles obligent ceux qui s’y associent à repenser les fondements de l’ecclésiologie. Tout ecclésiologue a, en effet, pour tâche primordiale de mettre sa recherche au service de la réunification des Eglises séparées”. NISSIOTIS, N. La Pneumatologie ecclésiologique au service de l’unité de l’Eglise. En: Istina. France. 1967. p. 323.

^{**} El Papa Juan Pablo II, al concluir el Gran Jubileo del Año 2000, además de la invitación ¡Duc in altum! “invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: <<Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre>> (Hb 13,8)”. JUAN PABLO II. *Novo Millennio Ineunte*. No. 1. Op. Cit., p. 5. Interpretando en este contexto, se trata de dar una mirada a Jesucristo centro del misterio.

¹ FORTE, Bruno. La Iglesia, Icono de la Trinidad. Salamanca: Sígueme, 1997. p. 13. Cfr. Sin embargo, esta expresión es varias veces usada por NISSIOTIS, N. Op. Cit., p. 323-340.

1.1. *El Origen de la Iglesia en una concepción Trinitaria y no en el llamado “Cristomonismo eclesiológico”*

Este llamado “Cristomonismo”, se puede decir que es un término bastante reciente en el campo teológico, con el que se entienden formalmente algunas posiciones o tendencias teológicas bien determinadas.

“Esta expresión pone de manifiesto la atención privilegiada que se prestaba a los aspectos visibles (*encarnacionistas*) de la Iglesia, a costa de la dimensión misterioso-sacramental, para la que lo visible es evocación, signo e instrumento de una realidad invisible más amplia y fecunda”².

“Etimológicamente se deriva de *Christòs* (Cristo) y *monos* (solo, único)”³. Revelándose así, la tendencia a acentuar la experiencia del solo Cristo, postura que evidentemente va a cambiar con la nueva concepción eclesiológica del Concilio Vaticano II.

“La reflexión teológica católica, según dicen algunos teólogos ortodoxos de nuestro siglo (V. Losky y N. Nissiotis), tiende a conectar la realidad de la Iglesia unilateralmente con Jesucristo como su fundador y principio de vida, sin valorar suficientemente la misión y fundación originales del Espíritu Santo para su animación carismática”⁴.

² FORTE, Bruno. La iglesia, Icono de la Trinidad. Op. Cit., p. 13

³ IAMMARRONE, G. Cristomonismo. En: Diccionario Teológico enciclopédico. Navarra: Verbo Divino, 1996. p. 212.

* Recordemos que “En el plano histórico se habló del “Solus Christus” de M. Lutero y del Luteranismo. Con él se quiso y se sigue queriendo significar la primacía y la unicidad de la mediación de Jesucristo para que el hombre obtenga y viva una relación de gracia con Dios”. Ibid. Otra apreciación al respecto de este tema, es la tendencia presente en la teología de K. Bart, que consiste en: “hacer que todo el discurso teológico sobre Dios y sobre el hombre se derive de la reflexión sobre Jesucristo, Verbo encarnado, como fundamento, centro y fin de la revelación”. Ibid. Las funciones del Padre y del Hijo siguen conservando todo su sentido. ...Lo mismo que el misterio trinitario, se completa en la presencia del Espíritu que es pura gratuidad y comunión: las personas anteriores se vinculan, suscitando de esa forma una especie de persona superior de amor supraindividual que las vincula y plenifica. PIKAZA, Xavier. Espíritu Santo y Vida Religiosa. En: Diccionario Teológico de la Vida Consagrada. Madrid: Claretianas, 1991. p. 1769. Así mismo, vamos a encontrar otras muchas afirmaciones a este respecto, que son producto de la renovación eclesiológica, por ejemplo: “La Iglesia es hecha por el Espíritu, El es su cofundador”. CONGAR, Yves. El Espíritu Santo. Barcelona: Herder, 1991. P. 207

En otras palabras, se trata de un Cristomonismo Eclesiológico, en el cual se contempla una Iglesia ligada fundamentalmente sólo a Cristo y no se le reconoce al Espíritu Santo una función constitutiva específica, siendo el Espíritu mismo el dinamizador de la experiencia comunal”. Es decir, “la relación de la obra del Espíritu Santo con la Iglesia histórica”⁵.

Las numerosas apreciaciones que se contemplan en los documentos del Concilio Vaticano II, constituyen una superación de este llamado Cristomonismo. Sin embargo, es de acentuar que esto se debe a los grandes esfuerzos de grandes teólogos que intervinieron directamente en la renovación conciliar, entre ellos Yves Congar, quien afirma que había existido esta concepción cristomonista como:

“Una etapa nada breve en el quehacer de la eclesiología, durante la cual la preocupación apologética, tendente a legitimar la Iglesia frente al Estado y también su estructura católico-romana frente al protestantismo, ha podido generar una interpretación de la relación de la Iglesia con Cristo en la que no resultaba relevante ni su muerte, ni su resurrección, ni su comunicación con el Padre. El esquema de tal razonamiento era bastante simple: Jesús es Dios, él ha fundado la Iglesia, la ha fundado con una estructura jerárquicamente estructurada, está divinamente legitimada ante el mundo”⁶.

“Vivificada de nuevo continuamente por el Espíritu Santo (la Iglesia <<Templo del Espíritu>>). FORTE, Bruno. La Iglesia, Icono de la Trinidad. Op. Cit., p. 14. Como poder escatológico del reino, que se manifiesta por medio de la pascua de Jesús, el Espíritu de Dios es fundamento y el alma o vida sustentante de la Iglesia, que es la nueva comunión de los liberados. ...Siendo amor intradivino, el Espíritu Santo se desvela como fundamento y sentido de la misma comunión interhumana. Es el amor que reúne gratuitamente a los hombres, vinculándoles en libertad, como Iglesia. PIKAZA, Xavier. Trinidad y Comunidad Cristiana. Salamanca: Koinonía, 1990. p. 179, 192.

⁴ IAMMARRONE, G. Op. Cit., p. 212.

⁵ Ahora bien, profesando esta concepción y al mismo tiempo, reafirmandola, se puede decir con propiedad que “varios teólogos católicos han reconocido la parte de verdad que hay en esta crítica y se han comprometido a valorar más adecuadamente en la eclesiología la función esencial que corresponde al Espíritu Santo en la vida de la Iglesia”. Ibid.

⁵ NISSIOTIS, N. Op. Cit., p. 323.

⁶ CONGAR, Yves. El Cristomonismo Eclesiológico. En: Iglesia Viva. Ciudad: 1993. Vol 28. p. 408.

En este particular, se puede apreciar que desde luego, se trataba de una especie de positivismo eclesiológico, en el cual bastaba la voluntad de Cristo de fundar una Iglesia con determinada estructura para explicar la naturaleza y el sentido de la presencia de la Iglesia en el mundo. Es así como se habla de fundar la Iglesia, debido a estarse abordando el tema del origen.

Ahora bien, es muy cierto que justamente se ha hablado de Cristomonismo, cuando tanto en Cristología como en Eclesiología, se olvidó subrayar la misión del Espíritu, tanto en la Encarnación y en la vida del Hijo, como en la relación de la Iglesia con Cristo.

El Concilio Vaticano II reaccionó contra esta expresión eclesiológica. Al comienzo del tratado sobre la Iglesia, dedicó tres párrafos a su fundamento Trinitario. Es así como el primer capítulo de la constitución dogmática sobre la Iglesia (LG 2,3,4), representa una recuperación de la profundidad Trinitaria de la Iglesia, tal como la concibe San Cipriano: *De unitati Patris et Filii et Spiritus Sancti plebs adunata*⁷.

Es así como se esclarece el origen de la Iglesia. “La Iglesia viene de la Trinidad, está estructurada a imagen de la Trinidad. ...Por venir de arriba (*oriens ex alto*), modelada desde arriba. La Iglesia viene de la Trinidad: el proyecto de salvación universal del Padre (LG 2), la misión del Hijo (LG 3), la obra santificadora del Espíritu (LG 4) fundan la Iglesia”⁸. Así se manifiesta toda la Iglesia como “un pueblo reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4).

Ahora bien, realmente son oportunas las intervenciones de Dios, en la historia, a través de los hombres, de los grandes teólogos del tiempo, de la reflexión teológica. Se apunta a esto, haciendo memoria de la intervención del Cardenal Wyszynski en los debates conciliares, quien señala, que además de definir el misterio de la Iglesia por su constitución jerárquica, por su estructura jurídica y por sus obras externas, existe un fundamento primero, diciendo: “Pido, pues que se introduzca en la definición del misterio de la Iglesia, lo que tiene de más profundo, más íntimo y más esencial: la Iglesia de nuestro Bautismo,

⁷ Citado por FORTE, Bruno. La Iglesia, Icono de la Trinidad. Op. Cit., p. 13.

⁸ Ibid. p. 13-14.

*en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*⁹. De modo que, gracias a esta apreciación, podemos deducir, que es por la Trinidad de nuestro Bautismo, por lo que estamos unidos a Dios. La existencia personal, está insertada en la misma intimidad de Dios Trinidad.

El Bautismo, sin embargo, no es sólo un vínculo que une a Dios, constituye también un lazo vital que estrecha a todos los hermanos del mundo entero. Al apuntar a esto, se puede decir que se identifica así la primera razón fundamental que hace la Comunión, pues todos somos uno en la misma gracia de la filiación divina. Pues, “la misma Trinidad, habita en nosotros y el mismo Espíritu nos une en el Hijo. Pido, pues que se defina a la Iglesia por lo que tiene de más íntimo: su Dios Trinidad”¹⁰.

En este mensaje del Cardenal Wyszynski, encontramos una definición de la Iglesia, que mira lo más esencial, a la presencia vivificante y a la inhabitación de la Trinidad en cada uno de los miembros. Sin embargo, en la renovación conciliar, si se contempla la referencia a Cristo como quien conduce al Padre, y el cristocentrismo antes mencionado se abre a una magnífica exposición Trinitaria. Por cuanto, todo procede del amor del Padre que nos ha enviado a su Hijo para salvarnos bajo la acción continua del Espíritu Santo¹¹.

En este sentido, “La Trinidad –considerada así como comunión– es la comunión fundante de la comunión eclesial... La Comunión Trinitaria, es el origen y el modelo último de toda comunión. Es modelo y origen de la vida de Iglesia, la cual se presenta como Pueblo de Comunión”¹².

Pueblo de Dios, y por ende, de comunión, porque Dios es comunión de personas, y al mismo tiempo, Iglesia que se ofrece como el lugar de encuentro de la iniciativa divina y de la obra humana como:

⁹ Citado por PHILIPON, Marie Michel. La Santísima Trinidad fuente de Salvación en la constitución sobre la Iglesia. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1968. p. 18.

¹⁰ Ibid.

¹¹ SILANES, Nereo. La Santísima Trinidad fuente de Salvación en la Constitución sobre la Iglesia. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1968. p. 19.

¹² GUERRERO, José. Comunión Eclesial: Don y Tarea. En: Diakonía. Managua, No. 77. 1996. p. 5.

“La presencia de la Trinidad en el tiempo y del tiempo en la Trinidad”, irreductible a una comprensión puramente humana, y sin embargo, Iglesia de hombres que viven plenamente en la historia.

Sin dejar de lado la concepción que se tiene de la Trinidad, que se presenta a sí misma como misterio vital, es necesario acentuar, que se experimenta en la Historia. Esto permite afirmar la posibilidad de acceso a esta Comunión Trinitaria o comunión originaria, es decir, acceso al mismo Dios Uno y Trino o al comportamiento Trinitario de Dios en nosotros.

2. La naturaleza de la unidad divina, revelada de modo trinitario, creadora de comunión

Se afirma la presencia de la Trinidad en el tiempo y del tiempo en la Trinidad, como una reciprocidad necesaria que permite experimentar la presencia Trinitaria en la Historia“. Esto es lo que nos hace ver a la Iglesia, como una Iglesia que vive plenamente la Historia, porque experimenta el comportamiento Trinitario de Dios, en el tiempo y en cada hombre. Porque verdaderamente “Dios se comporta con nosotros de manera Trinitaria, y ese mismo comportamiento Trinitario para con nosotros es no sólo una imagen o una analogía de la Trinidad eterna, sino que es ésta misma, comunicada de manera libre y graciosa”¹³.

Pues cada una de las tres divinas personas se comunica al hombre ella misma en su carácter propio personal y en su diversidad por una gracia libre; y esta comunicación Trinitaria es el fundamento ontológico-real de la vida de la gracia en el hombre y de la contemplación inmediata de las personas divinas. Es evidente que esta comunicación de las personas divinas tiene lugar gracias a la relación que se da entre ellas.

* Expresión utilizada por el teólogo FORTE, Bruno al emitir una definición de Iglesia. (Ecclesia inter Tempora). En: La Iglesia Icono de la Trinidad. Op. Cit., p. 23.

** Razón teológica por la cual FORTE, Bruno dedica una obra titulada precisamente: La Trinidad como Historia. Salamanca: Sigueme, 1988. p. 9.

¹³ RAHNER, Karl. El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la Salvación. En: FEINER Johannes y LOHRER, Magnus. Misterium Salutis. Madrid: Cristiandad, 1969. V.2-1, p. 380.



Igualmente, esto nos hace pensar que estas tres comunicaciones lo son del Dios único en la forma relativa triple en la que subsisten. Por eso, es necesario acentuar, que lo que se comunica o se revela es precisamente el Dios personal Trinitario. Igualmente, la comunicación que se hace a la criatura por pura gracia, tiene lugar y encuentra su razón en las relaciones o comunicaciones de las personas y en la forma intradivina de las dos comunicaciones de la esencia divina del Padre al Hijo y al Espíritu.

Ahora bien, ese Dios personal que se revela de modo Trinitario se comunica al hombre y a los hombres, como expresión total de sí mismo: Dios se comunica como expresión absoluta de sí mismo y como don absoluto del amor. Y esta comunicación suya es verdaderamente comunicación de sí mismo, esto es, Dios no sólo hace participar a su criatura *de sí* al crear y donar mediante su causalidad eficiente todopoderosa realidades creadas y finitas, sino que en una causalidad cuasi formal se da realmente y en el sentido más estricto de la palabra a sí mismo¹⁴.

Lo anterior hace patente que la comunicación de Dios al hombre es una comunicación libre y graciosa, pues al darse a sí mismo contemplamos la donación de la gracia total del Dios Trino. Esto hace definir y expresar de modo más claro que esta comunicación e interrelación de personas en el Dios personal Trinitario, hace, crea y celebra desde ya, y desde su propia naturaleza, la verdadera comunión.

La verdadera unidad está dada por una relación dinámica de comunicación. Esta eterna comunicación o interrelación, en las personas divinas, la conocemos como *perijôrésis*. La *perijôrésis* tiene una doble significación. La primera, en sentido pasivo, que indica que cada persona divina contiene a las otras. En el sentido activo, indica que cada persona divina interpreta a las otras, y recíprocamente. Se comunican desde su ser personal dándose plenamente¹⁵.

¹⁴ RAHNER, Karl. El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación. Op. Cit. p. 381.

¹⁵ BOFF, Leonardo. La Trinidad, la sociedad y la liberación. Madrid: Paulinas, 1987. P. 167-170.



Es la misma comunicación y reciprocidad donativa la que hace, desde una experiencia dinámica, la comunión, pues se descubre progresivamente el actuar del Dios personal Trinitario, creando consecuentemente distintas y siempre nuevas situaciones que demuestra la unidad en sí.

Aún más, en esta misma interrelación o comunicación de personas, cada persona se vuelca a la otra, no guardan nada para sí. Esta característica hace que conserven su propiedad personal, pero a la vez que se encuentren en total referencia al otro¹⁵. Esta experiencia comunal de la *perijôrésis* o mutua compenetración sólo puede ser comprendida desde el ámbito del amor compartido.

Esta relación de personas se da con tal intensidad que comparten una misma esencia o sustancia¹⁶. Ninguna persona es inferior a otra, distintas de sí pero no desemejantes¹⁷ en su ser relacional¹⁸. Tanto así

* "La comunión es algo más, es comunicación profunda del ser personal que se revela a otro, se muestra como es y quiere encontrar a los otros como son... La comunión es el encuentro de personas que se dan unas a las otras, pero desde la íntima realidad de un punto que es irrepetible y que diferencia a las personas mismas. La comunión no "disuelve" las personas como el azúcar se disuelve en el café; la comunión no anula las diferencias de las personas entre sí; el Padre no es el Hijo, ni éste, el Espíritu, ni éste, ni el Padre ni el Hijo. Pero precisamente porque desde ese núcleo del ser personal –por lo tanto distinto de otras personas– brota la donación y la entrega; el deseo de querer ser totalmente para el otro constituye la hermosa realidad de la comunión. La comunión Trinitaria expresa el misterio de vivir cada persona en las otras por la presencia que el amor hace posible que el amado y el amante estén uno dentro del otro". ANTONCICH, Ricardo. Las proyecciones de la comunión. Bogotá: Celam, 1999. p. 13-15.

* "Las personas de la Trinidad comparten la misma divinidad o esencia divina. San Basilio hizo énfasis en la distinción, un Dios de una Ousia y tres hipóstasis. Entendía por Ousia, la esencia divina y por hipóstasis la forma particular de cada persona. Ousia dice a hipóstasis la misma relación que lo común a lo particular. Cada uno de nosotros tiene parte en la existencia por el término común de Ousia y es tal o cual por sus propiedades particulares. De la misma manera, en la cuestión que tratamos, el término común es Ousia, como bondad o divinidad o cualquier atributo parecido, mientras que hipóstasis la contemplamos en la propiedad especial de Paternidad, Filiación o el poder de Santificar". BASILIO, San. Carta 214, citado por QUASTEN, Johannes. Patrología. Madrid: BAC, 1968. V.2, p. 240.

"...es imprescindible mantener el Dios único y profesar las tres hipóstasis, cada una de ellas con sus propiedades". Fuga n 38. En: GREGORIO NACIANCENO, San. Fuga y Autobiografía. Madrid: Ciudad Nueva, 1997. p.65.

** "...hay una sola naturaleza divina y una única potencia, que se halla unitariamente en las tres personas y las abarca en forma separada. No hay desigualdad en cuanto a sus esencias o naturalezas... Es una naturaleza unida e infinita para tres seres

que la comunicación que nos hace el Dios relacional y Trinitario, viene siendo autocomunicación en la que está ahí el Dios que se nos abre como verdad que se expresa a sí misma y como una capacidad de disponer que obra libremente en la historia; y es autocomunicación en la que el Dios que se comunica está produciendo en el que lo recibe la aceptación amorosa de su comunicación. En otras palabras, la autocomunicación como disposición personal del Dios relacional, es la comunión en sí, la verdadera unidad, de donde se descubre la fuente originante de la unidad de la Iglesia.

“La afirmación quizás más trascendental del cristianismo sea ésta: en el principio no está la soledad del uno, sino la comunión de tres personas eternas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; en el principio rige la comunión. Esta comunión constituye la esencia de Dios y a la vez la dinámica concreta de cada ser de la creación”¹⁷.

Y evidentemente es así, prima la comunión, entendida como la esencia de Dios. Comunión que está en el corazón de Dios personal Trinitario. Unidad divina que como hemos dicho anteriormente: “acontece en y por las tres personas, o mejor dicho, aquello que es realizado en y por las tres personas en común, cada una de manera distinta”¹⁸. Realizando en comunidad algo unitario que por su naturaleza es Comunión, aunque intervenga la acción pluralista de las personas. Ciertamente esto, hace afirmar que: “...Si la unidad de Dios es la más perfecta, esto significa que la misma, en cuanto unidad, implica necesariamente de manera perfecta la pluralidad”¹⁹.

Pues cada una de las partes, -referido este término a las personas-, con su naturaleza propia o propiedad, forman el todo y único orden comunal, acentuándose la presencia tripersonal o pluralidad en la

infinitos. Considerados separadamente, como Padre e Hijo, como Hijo y Espíritu Santo, en cuanto que en cada uno se mantiene su peculiaridad, cada uno de ellos es Dios... Son tres por la igualdad en la sustancia, son Dios por su única soberanía...”. Hom. 40, n.41 En: GREGORIO NACIANCENO, San. Homilías sobre la Natividad. Madrid: Ciudad Nueva, 1992. P. 142-143.

¹⁶ BOFF, Leonardo. La Trinidad, la sociedad y la liberación. Op. Cit., p. 167-170.

¹⁷ BOFF, Leonardo. Trinidad. En: ELLACURIA, Ignacio y SOBRINO, Jon. *Mysterium Liberationis*. Madrid:Trotta, 1990. V. 1, p.513.

¹⁸ GRESHAKE, Gisbert. El Dios Uno y Trino. Barcelona: Herder, 2001. p. 229.

¹⁹ Ibid., p. 246.

unidad perfecta, por cuanto el comportamiento de Dios es Trinitario y ese “Dios tripersonal sale al encuentro en la historia de la salvación como Padre, Hijo y Espíritu”²⁰.

Identificamos así una experiencia de pluralidad, cada persona desde su forma particular o hipóstasis, desde su propiedad especial demuestra su acción fecunda que construye la comunión misma. Es, pues, una participación Trinitaria: “El Padre su condición paternal, el Hijo su filiación y el Espíritu Santo su condición de amor”²¹. Demostrando de esta manera y haciendo visible que “la Trinidad está abierta hasta al punto de que toda creación puede unificarse en ella”²².

Ahí precisamente está el sentido de toda experiencia comunal, en el descubrimiento de una plena consciencia que a partir de la Santísima Trinidad toda la creación puede unificarse en ella*. “Con el Padre, origen fontal de la salvación, con Jesucristo, viéndose ministro suyo, y con el Espíritu, como instrumento”²³.

Solo así, desde una experiencia Trinitaria inserta en el mismo corazón del Dios Trino, vivimos la comunión. Así lo ha descubierto, estudiado, reflexionado, profesado y evidenciado la Iglesia de todos los tiempos y del tiempo en la Trinidad, y en ella encuentra su razón y fundamento al concretar nuevos modelos eclesiológicos que crean y expresan la comunión divina en los distintos acontecimientos eclesiales y en los distintos espacios y escenarios de la comunión.

“No adoramos y confesamos a un solo Dios como solitario; ni que el mismo que sea para si mismo Padre, ese mismo sea también Hijo”. “Si alguno no confiesa al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como tres personas de una sola sustancia, virtud y potestad, como enseña la Iglesia católica y apostólica, sino que dice no haber más que una sola y

²⁰ SCHEFFCZYK, Leo. Trinidad. En: Secretariado Trinitario, 1979. p. 29.

²¹ SILANES, Nereo. El Don de Dios. Salamanca: Secretariado Trinitario. 1976. p.294.

²² MOLTMANN, Jurgen. Trinidad y reino de Dios. Salamanca: Sígueme, 1986. p. 111.

* “Dispuso Dios en su sabiduría revelarse así mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres por medio de Cristo tienen acceso al padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. (DV 2)”.

²³ GAMARRA, Saturnino. El ministerio Sacerdotal en el reciente Magisterio de la Iglesia. En: AA.VV. Ministerio Sacerdotal y Trinidad. Op. Cit., p. 171.

solitaria persona, de modo que el Padre sea el mismo que el Hijo, y el mismo sea también el Espíritu Santo, como dijeron Sabelio y Prisciliano, sea anatema”²⁴.

Así lo ha expresado la Iglesia peregrina, *-Ecclesia inter tempora* reconociendo su nexo espiritual y real con la Trinidad. Una Iglesia en camino hacia una unidad más amplia, y por ende, con una espiritualidad propia que le lleva a discernir e identificar al mismo tiempo, los elementos co-creadores de la comunión, así como todo aquello que atenta contra la comunión viva de la Iglesia; todo lo que divide, separa, niega y presenta un rostro afeaciente de la Iglesia, negando el rostro resplandeciente del verdadero amor intradivino que crea la unidad visible. “Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia. Pues lleva en si mismo la paternidad (Padre), la filiación (Hijo) y la esencia de la familia que es el amor; este amor en la familia divina, es el Espíritu Santo”²⁵.

En la literatura Joanea, el autor sagrado nos dice que Dios es amor. Él, es el amor mismo. Así el amor de la familia Trinitaria es el Espíritu Santo y este amor es el que hace y da lugar a la unidad. ¿Qué es lo que en la suma y bienaventurada Trinidad conserva aquella unidad, sino la caridad?. Ley es caridad, y la ley del Señor, pues contiene y enlaza en algún modo la Trinidad en la unidad con el vínculo de la paz”²⁶. Esta unidad que se traduce como comunión, es fruto precisamente del amor o caridad como lo expresan y lo han evidenciado precisamente los Santos de la Iglesia, testimonio preclaro del amor sin medida de Dios en ellos y por ende de ellos hacia Dios, dando primacía al amor primero de Dios.

Este nexos del hombre de todos los tiempos, viene dado precisamente por el misterio de amor que comunica la familia Trinitaria. Han descubierto que es un amor volcado, sin medida y sin reservas. Es el

²⁴ Cfr. Fórmula de Dámaso, Dz 15. 150 y 321.

²⁵ CELAM. Discurso del Papa Juan Pablo II dirigido a los Obispos Latinoamericanos reunidos en la ciudad de Puebla, México, el 28 de Enero de 1979. En: Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo. Conferencias generales del Episcopado Latinoamericano. Bogotá: Celam, 2001. p. 276.

²⁶ Libro del Amor de Dios. n.35. En: BERNARDO, San. Obras completas. Madrid: BAC, 1955. V.2, p.771.

amor total, a Dios total, que se dona de modo total. Lo que nos hace percibir a ciencia cierta, que el todo está en la Trinidad. Ella es la totalidad del amor y esa dimensión englobante del amor, se percibe en la misma unidad y relacionalidad de personas. “El Padre está todo en el Hijo y todo en el Espíritu Santo. El Hijo está todo en el Padre y en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo está todo en el Padre y en el Hijo. Nadie precede al otro en eternidad o excede en grandeza o sobrepasa en poder”²⁷. Son, desde luego, expresiones personales de amor total intradivino, pero que se hace explícito, real, exteriorizante, que se comunica, y crea siempre nuevas expresiones de amor, que apuntan y alimentan constantemente la relacionalidad, interrelacionalidad, la unidad, comunicación, autocomunicación o comunión.

Desde la primera palabra creadora, comunicada en el soplo viviente del Padre, fue el amor el que penetró^{*}, con toda su energía en el corazón del hombre. Lo que nos hace interpretar claramente que las proyecciones de comunión parten del Dios Trinitario, fuente y llegada de todo amor; y las que surgen del corazón humano, son respuestas a las iniciativas permanentes de Dios.

Ahora bien, es necesario acentuar que, además de conocerse, la donación intradivina de las personas y el amor preeminente se manifiesta como una capacidad amante total entre ellas; con tal fuerza de amor, ese mismo amor es comunicado a nosotros en el tiempo o historia. “Porque el Padre se nos da también a nosotros como Padre; es decir, por el hecho de ser esencialmente en sí, se expresa a sí mismo, y de esta forma nos comunica al Hijo como apertura propia y personal de sí mismo, y el Padre y el Hijo (éste, recibiendo del Padre), en cuanto que se afirman en el amor, inclinándose hacia si mismos y encontrándose en si mismos, precisamente así, como aceptados con amor, se comunican, esto es, como Espíritu Santo”²⁸. Tal es la afirmación y aceptación de amor de la familia Trinitaria, que se ha dicho: El Hijo y el

²⁷ BERDUGO C., Ana de Dios. La Santísima Trinidad, fuente de comunión. En: vínculo. Bogotá. Vol.32, No. 138 (ene - mar 2000); p.15.

^{*} San Pablo observa la preeminencia del amor, cuando dice: El amor lo invade todo, lo penetra todo... (1 Cor 13).

²⁸ RAHNER, Karl. El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación. Op. Cit., p.380.

Espíritu Santo son las dos manos del Padre, por las que nos toca, nos abraza y nos modela a su imagen y semejanza²⁹.

Somos comunión porque somos imagen y semejanza de Dios. Y estamos llamados a entrar en comunión porque no tenemos mejor alimento que hacer la voluntad de Dios. Por eso, este mundo de avances vertiginosos no llegará a realizarse plenamente, mientras no reconozca en lo más profundo de su ser, el sello de la comunión con el que Dios Padre marca a todas sus creaturas. El individualismo reinante no tiene futuro: el futuro de la historia solo se llama comunión.

2.1. *El Padre que se dona y comunica, crea la Comunión*

En las tradiciones bíblicas se llama *Padre* a Dios tanto en sentido metafórico, para expresar la benevolencia y solicitud de su señorío, como en sentido propio, para indicar su relación con su Hijo *unigénito* y *primogénito*. El Símbolo Apostólico da a Dios dos veces el título de *Padre*: la primera refiriéndose al *Todopoderoso, creador del cielo y la tierra*; la segunda al hablar de la exaltación de Jesucristo, el Hijo entregado por nosotros, *a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso*. El Antiguo Testamento aplica pocas veces a Dios el título de *Padre*. Cuando lo hace, emplea el término como sinónimo de *Señor* y expresa con él la relación de Israel con su Dios, al que confiesa como creador del mundo, Señor de la historia y Dios de la alianza que ha elegido a Israel (Dt 32,6; Is 63,16; Jr 31,9). En cuanto Señor, Dios actúa *paternal* y *maternalmente*, sobre todo en Israel, su *hijo primogénito* (Ex 4,22)³⁰.

Ahora bien, el Padre ha realizado en nosotros una aproximación a través de Cristo, para que por medio de su filiación, e incorporados a ella por el don de vivir nuestra propia filiación, lleguemos al Padre de Jesús y nuestro Padre. Filiación que nos hace también profundamente hermanos de todos los miembros de la humanidad. Pues no hay fraternidad sin un Padre común; y es precisamente la paternidad de Dios la

²⁹ IRINEO DE LION. Libros Quinque Adversus Haereses. Contra los herejes. IV,20, 1, 15-23; IV, 63,1. En: GROSSI, Vittorino Et al. La Trinidad en la Tradición Pretrinitaria. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1963. p. 125.

³⁰ MOLTSMANN, Jürgen. El Padre maternal, Patripacionismo Trinitario. En: Concilium. Madrid. Vol. 17, No. 163, 1981. p. 381,383.

que nos lanza a la fraternidad o comunión con todos los que han recibido de Dios el don de la vida.

Jesús, segunda persona de la Santísima Trinidad, es el camino. El es camino. Sin embargo, no se pone a sí mismo como meta. Él, quiere revelarnos al Padre de las misericordias. Por tanto, la concepción Trinitaria del Padre tiene su expresión en estas palabras: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar” (Mt 11,27).

De igual manera, la teología joánica acentúa la unidad exclusiva del Padre y el Hijo: “Quien me ve a mí está viendo al Padre” (14,9), pues “Yo y el Padre somos uno” (10,30). Por eso, la virtud teologal que hemos considerado ha sido la caridad. El Padre, entonces, es el origen del amor y el término del amor, a quien tenemos acceso por medio de Jesucristo. “Solo en referencia al Hijo, es ‘Padre Nuestro’, se le podrá llamar también, con la libertad del espíritu de filiación, ‘Abba’, Padre querido”³¹.

La condición filial es la que nos hace clamar: Padre Nuestro, Padre del amor, reconociendo la capacidad total de amar en su condición paterna: “Si Dios se hace *Padre Nuestro* a través del Hijo y por amor a él, sólo podremos llamarle *Abba, querido Padre*, en el Espíritu de la filiación, es decir, en el espíritu de la libertad (Rom 8,15; 2Cor 3,17)”³². Esta condición filial es la que nos hace sentir, desde lo más recóndito de la experiencia espiritual, unitaria, hijos en el Hijo. Pero al mismo tiempo esta condición filial, es la que nos hace reconocer el amor volcado, expresado, comunicado y desmedido de un Padre, que como lo hemos dicho, ama con amor total a la humanidad total en su condición filial. El es y será para nosotros un Padre y nosotros, somos y seremos sus hijos. En este sentido, volvemos en nuestro tiempo y en nuestra historia al nexo de Israel con su Dios. Yo seré para ustedes un Padre y ustedes serán mis Hijos.

* “Por Jesucristo tenemos acceso a la realidad tripersonal del único Dios verdadero”. ANTONCICH, Ricardo. Las proyecciones de la comunión. Op. Cit., p.14,15.

³¹ MOLTSMANN, Trinidad y Reino de Dios. Op. Cit., p. 180.

³² MOLTSMANN, Jurgén. El Padre maternal, Patripacionismo Trinitario. Op. Cit., p.384.

El Padre, por su paternidad^{*} quiere ser eso “Padre” para el Hijo. Un Padre que comunica su infinita perfección al Hijo. Y un amor tan perfecto y pleno que es Amor en persona o persona^{**} de amor³³. Desde luego, las proyecciones de la comunión nacen primero en Dios, desde su paternidad para con el Hijo. “Debe, por lo tanto, reservarse al Padre la dignidad de principio, como quien es Padre y progenitor”³⁴. Así como se evidencian los estados del Hijo y del Espíritu, uno en cuanto Hijo y Verbo; otro en cuanto Espíritu que procede y permanece, en este mismo sentido, se acentúa pues, el estado del Padre como principio.

“El Padre es mayor^{***} en cuanto de El procede el ser igual y el existir de los seres iguales a El...”³⁵. El es el que crea, el progenitor, el principio. De El nace la comunión. Pero esta donación de sí y este gran don se nos da a nosotros –hijos en el Hijo- como tarea, llamados a proyectar desde nosotros una comunión que nos envuelve en un movimiento con los hermanos, hacia Dios nuestro Padre y nuestra meta. Realidad tan certera, que está puesta de manifiesto en los espacios eclesiales de la comunión: Uno de ellos es la experiencia celebrativa, la liturgia como lugar teológico de la comunión, específicamente la liturgia eucarística o comunión, que está del todo consagrada y dedicada al Padre. Esto lo ponemos en evidencia cuando recitamos en distintos momentos de la experiencia comunal-celebrativa, palabras

* “Su paternidad se define exclusivamente por su relación con el Hijo. De ahí que tal paternidad sólo se manifieste en la historia del Hijo y no se experimente sino en la comunión con el Hijo mediante el Espíritu, que es el Espíritu de la filiación”. MOLTSMANN, Jürgen. *El Padre maternal, Patriciónismo Trinitario*. Op. Cit., p. 384.

** “Decimos que las personas se aman. En este caso, el Padre y el Hijo se aman. En Dios no hay “actos” de, sino “persona” de amor, porque nada que no sea personal habita en el misterio de la vida divina. Nuestros “actos humanos de amor” son actos en el tiempo; ninguno de ellos nos expresa totalmente como personas. El Padre y el Hijo pueden expresarse en el amor mutuo totalmente como personas distintas y al mismo tiempo unidas. Este mutuo amor es pues, personal, y se llama el Espíritu”. ANTONCICH, Ricardo. *Las proyecciones de la Comunión*. Op. Cit., p. 16.

³³ SILANES Nereo. *El Don de Dios*. Op. Cit., p. 99.

³⁴ Fuga n.38 En: GREGORIO NACIANCENO, *Fuga y Autobiografía*. Op. Cit., p. 64.

^{***} “Considerado como <<Dios Señor>>, el Padre no puede sufrir, pues todos dependen de él, mientras que él no depende de nadie. Sin embargo, considerado como <<Padre del Hijo>>, el Padre comparte apasionadamente el destino del Hijo: cuando sufre el Hijo, sufre con él el Padre. El Hijo procede de él, pero también él depende del Hijo, ya que los dos son uno en su amor. Por consiguiente, ninguno puede existir sin el otro”. MOLTSMANN, Jürgen. Op.cit. p. 382.

³⁵ Hom 40, n.43. En: GREGORIO NACIANCENO. *Homilias sobre la Navidad*. Op. Cit., p.145.

tan dicientes que constituyen el espíritu y cuerpo unitario de la Celebración: Santo eres en verdad Padre...; Santifica, Oh Padre estas ofrendas...; Así pues Padre al celebrar este sacrificio...; Te pedimos Padre que esta víctima de reconciliación..., reconociendo allí y en cada espacio de la comunión, la unión espiritual y física que refleja la comunión que abarca el movimiento de hermanos que tiene su punto de referencia en Dios nuestro Padre y fin último.

Ahora bien, el Padre eterno que nos amó hasta el extremo y nos ama con amor total, reveló el extremo de su amor en el sacrificio de Cristo. Misterio que revela además la sensibilidad del Padre y su imagen paternal que responde al sufrimiento de su Hijo Jesús. En este misterio se exalta el amor sin medida, expresado en el dolor por amor o amor por el dolor sufrido. Es un amor que duele o un dolor que ama. En otras palabras, es un amor que llega hasta las últimas consecuencias. "El ser eterno de Dios se revela en el Gólgota... Es Dios, sí; pero no el Todopoderoso, sino el Dios Padre, con la congoja de un Padre y la impotencia de un Padre, en las que late la fuerza del amor: un Dios admirable, doliente, crucificado"³⁶.

De esta manera se puede deducir que la agonía de Cristo, representa la angustia mortal de Cristo, pero al mismo tiempo refleja en ella, el dolor infinito de su Padre. Dios, así, se revela como doliente. Cobija todo dolor con el dolor de su inmensidad. "El dolor del Padre no se identifica con el sufrimiento del Hijo, pero responde a ese sufrimiento. Nuestra liberación del dolor y nuestra redención del sufrimiento surgen del sufrimiento de toda la Trinidad: de la agonía del Hijo, de la congoja del Padre y de la paciencia del Espíritu"³⁷. Dios desde su eternidad por amor a nosotros responde a nuestros dolores temporales como a sus hijos que somos, y nuestra redención es fruto de su amor volcado a nosotros, desde su congoja amorosa. Lo que es divino y excelente es ese amor, no el poder, la superioridad, la omnipotencia, sino el amor evidenciado³⁸.

³⁶ MOLTSMANN, Jürgen. El Padre maternal, Patripacionismo Trinitario. Op. Cit., p.387. Similar es la concepción paulina cuando habla de la diversidad de miembros, pero un solo cuerpo: "Si un miembro sufre, todos los miembros sufren por él. Si un miembro recibe honores, todos los miembros comparten su alegría". (1 Cor12, 26).

³⁷ MOLTSMANN, Jürgen. El Padre Maternal y Patripacionismo Trinitario. Op. Cit., p. 388.

³⁸ Ibid.

Esta dimensión permite al hombre vivir inclusive en una continua relación filial. No es tampoco vivir bajo Dios, sino con él y en él. Es decir, compartir al mismo tiempo la congoja y el gozo de Dios. La revelación del Padre doliente, permite a los hombres de todos los tiempos, entender sus sufrimientos en Dios y compartir con el mundo el dolor de Dios. Lo que nos hace contemplar una experiencia de unidad recíproca, es asociar nuestros sufrimientos en Dios y acercarnos al dolor del prójimo, manifestando el dolor o congoja de Dios como Padre nuestro. Esta es una verdadera experiencia de unidad, de comunión propiamente dicha.

2.2. *El Hijo de Dios y su resurrección, fundamento de la unidad*

La persona de Jesucristo, en medio de la historia es como un punto de convergencias de lo divino y lo humano. Por Cristo, con El y en El se dan unidos lo divino y lo humano, como una anticipación de la vocación de toda la humanidad. La vocación a la unidad, como realización del sueño del Padre: Para que todos sean uno...; y naturaleza de todo hombre que no está llamado a vivir aisladamente sino en sociedad o comunión, y a su vez, con la conciencia de estar haciendo su camino hacia la Trinidad eterna, como destino escatológico de la Iglesia peregrina.

Ahora bien, todo lo que nosotros hagamos como proyección de la comunión, tiene en Cristo la certeza de la llegada a su fin. Él ha hecho posible para nosotros la verdadera comunión de lo humano y lo divino; y en consecuencia, es el camino, como hemos dicho, por donde nos llega todo el amor del Padre y por donde nuestro amor de hijos llegará a su término. Esta comunión verdadera que nos hace Jesús de lo humano y lo divino es la donación total de sí, su muerte y su resurrección. Cuando el Hijo de Dios, desde su sufrimiento, desde su agonía en la cruz, "...comparte la congoja y el gozo de Dios. Ha llegado a ser 'uno' con Dios"³⁹.

Solo así, podemos comprender que la fuente de la unidad es el mismo sacrificio de Cristo que une a la congoja divina del Padre, su

³⁹ MOLTSMANN, Jürgen. El Padre maternal, Patripacionismo Trinitario. Op. Cit., p. 389.

sufrimiento humano*. Así también, todos los hombres unen su experiencia dolorosa al Dios paternal y se unen entre sí, por el dolor. El dolor y el sufrimiento unen desde el plano humano hacia la divinidad. He aquí la fuente de la verdadera unidad: El sufrimiento de Cristo en Dios; de los hombres en Cristo; y la congoja del Padre que responde a todo sufrimiento humano. “La ‘ vida en Dios’ comienza con el reconocimiento del crucificado y el seguimiento, en el que cada cual carga con su cruz”⁴⁰.

La unidad viene determinada precisamente por el sacrificio de Cristo en la cruz. La cruz se convierte y ha sido desde la hora de la redención la fuente de la unidad. La cruz que pocas veces queremos abrazar y que quisiéramos concebir muchas veces aisladamente de la naturaleza propia de una verdadera Espiritualidad de Comunión. De donde llegamos a concluir, que no es posible esclarecer la dinámica de una Espiritualidad de Comunión, sin hacer presente el valor del sacrificio de Cristo en la cruz. “El escándalo de la cruz sólo se hace superable para el creyente como acción del Dios Trino”⁴¹.

Se trata evidentemente de un único movimiento que surge en el centro de la Trinidad y que se manifiesta en el Gólgota. Por esta razón, el teólogo Moltmann habla “del sufrimiento de toda la Trinidad: de la agonía del Hijo, de la congoja del Padre y de la paciencia del Espíritu”⁴². Pues es aceptable el misterio de la cruz y superable para todo cristiano, desde esta óptica Trinitaria, por estar en el centro y corazón de la Trinidad. Por eso, “Es esencial a la visión cristiana* de la comunión reconocerla ante todo como don de Dios, como fruto de la iniciativa divina cumplida en el misterio pascual”⁴³.

* Una apreciación acertada del misterio del dolor encontramos en la Carta encíclica Salvifici doloris del Papa JUAN PABLO II.

⁴⁰ MOLTSMANN, Jürgen. Ibid.

⁴¹ BALTHASAR, Hans Urs Von. El misterio pascual. En: FEINER Johannes y LÖHRER, Magnus. *Mysterium Salutis*. Madrid. Cristiandad, 1969. V. 3-2. p.233.

⁴² MOLTSMANN, Jürgen. El Padre maternal, Patripacionismo Trinitario. Op. Cit., p.388.
* “...la identidad cristiana, tiene su fuente en la Santísima Trinidad, que se revela y se autocomunica a los hombres en Cristo, constituyendo en El y por medio del espíritu la Iglesia como el germen y el principio de ese reino”. (PDV 12).

⁴³ CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión. En: *L'Osservatore Romano*, Vaticano (19, Jun., 1992); p.7.

Evidentemente, la comunión es don del Dios personal Trinitario, así lo hemos afirmado en este apartado sin obviar que es garantía de esta comunión, el sacrificio redentor y unitario de Jesucristo. De hecho, “la índole comunitaria se perfecciona y se consume en la obra de Jesucristo”⁴⁴. Él, el Hijo de Dios, vivió y murió después de su sacrificio en la cruz para que la humanidad entera se hiciera familia” de Dios, comunión, vida en Dios, en la que la plenitud de la ley sea el amor, naturaleza de la verdadera comunión. De hecho, “La confesión Trinitaria, que es el contenido absolutamente propio y original de esta fe, no es más que la explicitación de lo que se nos ha dado en el misterio pascual; el acontecimiento de la muerte y resurrección del Señor es el lugar de la fe Trinitaria”⁴⁵. Esto por cuanto, no sólo el sacrificio redentor de Cristo, su muerte, es fuente de la unidad Trinitaria, sino que también su resurrección, es un acontecimiento revelador de la Trinidad que de antemano señala el destino escatológico de la Iglesia peregrina, como vida perenne en el amor y de amor.

Así pues, la Espiritualidad de Comunión entendida como vida en la Trinidad, exige una comunión de amor que se transforma en comunión con los demás, abrazando y contemplando en todo momento: la congoja del Padre, el valor del sacrificio redentor de Cristo y las mociones del espíritu Santo.

2.3. El espíritu santo manifiesto, crea la unidad

La manifestación de Dios en la historia, en el tiempo, incluye una tercera realidad personal. Es decir, una tercera persona. Los seguidores de Jesús apreciaron esta realidad y confesaron que existe una realidad divina en consonancia con el Padre y el Hijo. Tal realidad fue la que les hizo comprender, recordar y mantener el encuentro perenne con Jesús post-pascual’.

⁴⁴ KASPER, Walter. La Iglesia como comunión: un hilo conductor en la eclesiología del Vaticano II. En: *Communio*. Madrid. Vol 13 (ene-feb. 1991); p.53.

“La unión de la familia humana mucho se robustece y complementa con la unidad de los hijos de Dios fundada en Cristo” (GS 42,43).

⁴⁵ FORTE, Bruno. La Trinidad como historia. Op. Cit., p.29.

“El acontecimiento de pascua revela la historia del Espíritu; en él el Hijo se ofreció al Padre en la hora de la cruz (cfr. Heb 9,14), cuando <<entregó el Espíritu>> (Jn 19,30) como supremo cumplimiento del amor; en él el Padre le dio al crucificado la plenitud de vida, resucitándolo y reconciliando consigo al mundo en el Resuci-

Así como Jesús sale al encuentro de las muchedumbres para manifestar que Dios es Padre e Hijo, sale también el Espíritu –tercera persona-, al encuentro de todos los hombres y mujeres del tiempo. De esta manera, podemos concretar que esta manifestación personal de Dios, es un Dios muy cercano a nosotros por su Espíritu.

“Por lo mismo que el Espíritu Santo es, en el interior de la Trinidad, una persona en dos personas, se manifiesta en la economía de la salvación como ¡Una persona en muchas personas! Su propiedad personal es unir personas, tanto en la vida Trinitaria como en la economía de la salvación”⁴⁶. Su manifestación es personal y lo propio de su ser personal es la unidad. Unir ad-intra y ad-extra las personas.

“Así pues, el Espíritu es aquel que abre el mundo de Dios al mundo de los hombres y la historia humana a la historia Trinitaria, y al mismo tiempo Aquel que une a los dos mundos y consigue la unidad de los hombres en el amor del Padre y del Hijo”⁴⁷. Por eso, la unidad de todos los que forman la comunidad, querida por Cristo, no es solo fruto de la conexión interna de sus miembros, sino también de la presencia actual del Espíritu Santo, que difunde la caridad divina en todos, en el tiempo.

El Espíritu es la visibilización del amor de Dios entre los hombres. No solo como un hecho pretérito; sino sobre todo como una realidad que se reitera vitalmente y sin interrupción, y que en todos los tiempos

tado (cfr., por ejemplo, Rom 1,4). Estas dos funciones del Espíritu, abrir el mundo de Dios al mundo de los hombres hasta hacer posible la entrada del Hijo en el destierro de los pecadores, y unificar lo dividido, como sucedió en la hora de la reconciliación pascual, vuelven a encontrarse en toda la historia de la salvación. El Espíritu (ruah) es ya en el AT principio de vida, que abre a lo nuevo y forma la unidad del proceso vital, en cuanto que viene del Dios vivo. (cfr. Gén 1,2; Sal 33,6;104,29s; Sab 1,7; 7,22) FORTE, Bruno. La Trinidad como historia. Op. Cit., p.115.

* “El Espíritu se manifiesta de modo particular en la Iglesia y en sus miembros; sin embargo, su presencia y su acción son universales, sin límite alguno ni de espacio ni de tiempo... La presencia y la actividad del Espíritu no afectan únicamente a los individuos, sino también a la sociedad, a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones. En efecto, el Espíritu se halla en el origen de los nobles ideales y de las iniciativas del bien de la humanidad en camino...” (RM No.28).

⁴⁶ MÜLHEN, Heribert. El Espíritu Santo en la Iglesia. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1974. p.255.

⁴⁷ FORTE Bruno, La Trinidad como historia. Op. Cit., p. 117.



y en cada momento está creando vitalidad, comunidad de vida, unidad de vida, porque “El Espíritu no solo crea una Iglesia comunitaria, sino una humanidad en comunión”⁴⁸.

Este Espíritu es capaz de suscitar la unión de todos las personas en el mundo y en un mismo espíritu fraterno que humaniza al hombre y le hace vivir en comunión; le hace consciente de su humanidad; que necesita, comunicación, interrelación, comunión. Una humanidad que siente desde su ser humano, la moción interior del Espíritu que inhabita en el hombre y que le mueve a actuar en comunión con los demás y con la familia Trinitaria como la verdadera comunidad. “Como comunidad que posee al Espíritu, es decir, como comunidad que se constituye como tal justamente por estar sus miembros inhabitados por el mismo Espíritu”⁴⁹.

De hecho la comunidad constituida como tal, es un fruto del gran pentecostés, de la efusión del Espíritu. La experiencia de los íntimos de Jesús, es una experiencia de plenitud. Todos quedaron llenos de Espíritu Santo. Esto es, llenos del amor de Dios. Llenos del mismísimo Dios.

“Al traducir la presencia del Espíritu Santo en el hombre, en términos de inhabitación, indica él la intimidad a que Dios se digna invitar al hombre desplegando toda su capacidad de amar”⁵⁰. Ahora bien, cuando este Espíritu se da al hombre, le inflama en amor de Dios y del prójimo, pues El es el amor. Inhabitar en el hombre significa amarle y por ende, proporcionarle en la línea del amor.

Así pues, nos damos cuenta que el Espíritu que inhabita en el corazón del hombre, no solo inhabita, sino que esta inhabitación es presencia real. Es decir, que “habita verdaderamente en la Iglesia y en los corazones de los fieles como un templo (1Cor 3,16;6,19) y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (Cfr. Gál 4,6; Rom 8,15 y 26)” (LG 4).

⁴⁸ COMBLIN, José. Espíritu santo. En: ELLACURIA; Op. Cit., V.1. p. 629.

⁴⁹ ZECCA, Alfredo. Espíritu, Iglesia y Evangelización. En: FERRARA, Ricardo y GALLI, Carlos. El Soplo de Dios. Buenos Aires: Paulinas, 1998. p.152.

⁵⁰ VERGES, Salvador. Imagen del espíritu de Jesús. Salamanca. Secretariado Trinitario. 1977. p. 194.



“Porque allí donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está también la Iglesia y toda la gracia”⁵¹.

De esta manera podemos concluir afirmando que no se puede concebir la Iglesia sin el dinamismo del Espíritu Santo, santificador y unificador de la Iglesia misma. Artífice de la unidad. Pues es evidente que así como hemos afirmado que la Iglesia viene de la Trinidad y está estructurada a imagen de la Trinidad, es necesario afirmar al mismo tiempo, que es la Iglesia que vive el dinamismo del Espíritu Santo.

En este sentido podemos decir que la Espiritualidad, el Espíritu de la vida cristiana, tiene pues dimensión Trinitaria y por lo tanto, teológica, salvífica, cristológica, pneumatológica, pero es también un caminar de humanos que forman una sola familia o comunidad convocada y comprometida en las distintas situaciones humanas concretas de la historia.

3. El destino trinitario de la Iglesia

Ya hemos dicho en momentos anteriores que la comunión y ese espíritu comunal de la Iglesia surge de lo alto, <<oriens ex alto>>, viene de arriba, de la Trinidad. Que está constituida en su unidad y en su diversidad por dones y servicios, a imagen de la comunión Trinitaria y que desde luego tiende hacia el origen del cual procede.

En otras palabras, esto nos hace esclarecer una nota esencial en la eclesiología: La Iglesia es peregrina hacia la patria de la Trinidad.

El Vaticano II ha recuperado también el destino Trinitario de la Iglesia (LG 3; 48-50), su índole escatológica: como el pueblo de los peregrinos (*Ecclesia viatorum, in via et non in patria*), que tiende hacia la gloria de la Jerusalén celestial⁵².

⁵¹ Adv. Haer. III, 24,1. En: IRENEO, San. *Contra las Herejías*. Libro III. Sevilla: Apostolado Mariano, p.142.

⁵² FORTE, Bruno. *La Iglesia Icono de la Trinidad*. Op. Cit., p.83.

Este llamado de la meta Trinitaria, enseña a la Iglesia de todos los tiempos a ser relativa ya que descubre no ser absoluta sino instrumento, no un fin sino un medio, pobre y sierva, santa y pecadora, llamada a vivir en constante conversión y reforma. Iglesia que está siempre en camino de renovación y purificación.

Esto nos revela en nuestro tiempo, de cierta manera, la provisionalidad de todas las realizaciones eclesiales, como una Iglesia que nunca está realizada totalmente. La Iglesia así, no es el reino de la gloria, sino solo el reino iniciado. Mas aún, en espera de la Gloria.

Es la Iglesia que contempla y abraza el don ya recibido y la promesa todavía no cumplida del todo, porque va creciendo hacia la manifestación final del reino de Dios, ayudada en su peregrinación temporal por la comunión con la Iglesia celestial.

“En el Espíritu, por Cristo, la Iglesia, camina hacia el Padre; se proyecta continuamente hacia arriba, hacia la gloria del Señor del cielo y de la tierra, que es también la realización plena de la criatura”⁵³.

Evidentemente es la Iglesia en camino, pueblo de Dios en éxodo hacia la tierra prometida, tensa hacia un cumplimiento que no se conseguirá más que en la gloria del cielo, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas y cuando, junto con todo el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin*, se verá perfectamente renovada en Cristo.

⁵³ Ibid., p. 85.

En el acontecimiento Trinitario del amor, narrado en el acontecimiento pascual, se unen el comienzo y el fin, la patología y la escatología; la Trinidad es el origen y la patria, lo primero y lo último. Por eso precisamente en el testimonio de los comienzos del cristianismo el tiempo del final se narra como historia Trinitaria: <<Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicia de los que murieron; y como todos mueren en Adán, también todos recibirán la vida en Cristo. Pero cada uno a su tiempo: primero Cristo, que es la primicia; luego, cuando él llegue, aquellos que son de Cristo; después será el fin, cuando él entregue el reino a Dios Padre, después de haber destruido a todo principado, a todo poder y potestad...Y cuando se le haya sometido todo, también él, el Hijo se someterá a Aquel que se le sometió todo, para que Dios sea todo en todos>> (1Cor 15, 20.22-24.28) . Con el Padre y con el Hijo estará también presente en aquella hora el Espíritu: <<En los últimos días, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre toda carne...>> (Hech 2, 17; cfr. Gál 3,1 s). FORTE Bruno. Trinidad como historia. Op. Cit., p. 205-206.

Por lo tanto, podemos entender la vida espiritual en nuestro tiempo, en nuestra historia, tal como lo recuerda el libro de Job: “La vida del hombre sobre la tierra es como un servicio militar, y sus días, como los de un jornalero; como esclavo, suspira por la sombra, como jornalero espera su salario...” (Job 7,1 s.). Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, lucha, batalla. Razón y fundamento han tenido pues los santos que experimentando esta dinámica de espiritualidad, han sabido leer lo que ha pasado por el alma, la historia misma del alma.

Desde esta óptica se ha podido apreciar en el mundo de la espiritualidad, la riqueza de algunas obras de grandes expertos en espiritualidad que ponen de relieve este estadio o etapa de la vida del hombre, que aspira; y en espera de un adherimiento total con su principio u origen, peregrina luchando gozoso hacia la plenitud de la gloria.

Entonces se contemplará el verdadero descanso, al mismo tiempo la verdadera unidad, la verdadera comunión de la Iglesia. Se contemplará la acogida unitaria del amor único del Padre y de la familia Trinitaria, como la experiencia totalizante del amor. Entonces acontecerá la verdadera unidad porque: “Dios será todo en todos (1Cor 15,28); ese mundo es la patria de la Trinidad”⁵⁴.

Cuando todos y todo ha encontrado en la patria Trinitaria su culmen o su cima. Se experimenta así como el eterno retorno del hombre.

Este llamado a la patria Trinitaria llena la Iglesia de gozo, ésta ya exulta inclusive en la esperanza que la promesa ha encendido en ella. Esta sabe que es la anticipación militante de lo que fue prometido en la Resurrección de Cristo, el icono de la Trinidad en el tiempo, para que el tiempo camine hacia el encuentro pleno con la Trinidad, cuando Dios será todo en todos y el mundo entero será la patria de Dios.

* Entre ellas, podemos mencionar por ejemplo: La Guerra Invisible: Discernimiento espiritual como experiencia y como doctrina en Santa Teresa de Jesús; La lucha espiritual en John Henry Newman; El paso del Señor: Confesiones de Agustín a través del discernimiento de espíritus; Un sentido de Vida en Thomas Merton. El discernimiento de Espíritus en la Interioridad de Carlos de Foucauld.

⁵⁴ MOLTSMANN, J. Trinidad y reino de Dios. Op. Cit., p. 120.



La gloria entonces será la victoria final y el señorío del amor sin fin. Lo que comenzó en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, se cumplirá entonces como gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu. Es decir, de amor en amor, de eternidad en eternidad, a través del camino del tiempo, el universo vendrá a reposar en la patria Trinitaria de Dios. “Todo lo que ha venido del Padre por el Hijo en el Espíritu en la unidad y en la libertad del mismo Espíritu, a través de la acogida del Hijo, volverá al Padre...”⁵⁵.

4. Síntesis conclusiva

Evidentemente al adentrarnos en el estudio de la profundidad Trinitaria de la Iglesia, se puede revalorar la conciencia eclesiológica del Concilio Vaticano II. Realmente ha sido este el Concilio de la Iglesia, por cuanto ha recuperado esta concepción de la comunión Trinitaria, como el modelo inmediato de la Iglesia en el tiempo, en la historia, y de la Iglesia peregrina llamada a ser reflejo de la familiaridad, comunicación y relacionalidad Trinitaria. Realidad que supera toda concepción individualista de la espiritualidad.

Esto hace afirmar una vez más, que la Iglesia es “oriens ex alto”; su origen no es de este mundo, en una convergencia de intereses humanos individuales o en la intrepidez de algún corazón generoso, sino que viene de lo alto, desde donde ha venido el Hijo en la carne y en el Espíritu.

De este esclarecimiento del origen Trinitario, deriva que la Iglesia es Misterio de Comunión, gloria escondida y revelada bajo los signos de la historia; que es el don, que no se inventa ni se produce sino que se recibe. Este don, sin embargo, se cumple en la historia: como el verbo se ha hecho carne, entrando en las profundidades de las contradicciones de la existencia humana. De esta manera la Iglesia deberá hacerse presente hasta lo más profundo de todas las situaciones humanas, para contagiar en éstas, la fuerza y la paz del Redentor del hombre. En este sentido, es el presbítero como mediador de la Comunión en el tiempo, presencializador y visibilizador de la comunión ante los

⁵⁵ FORTE, Bruno. Op.Cit. p. 207.



distintos destinatarios del reino y ante los diferentes escenarios eclesiales..

Así pues, la Iglesia que viene de la Trinidad es, antes que nada, la Iglesia que vive el primado de la caridad, del amor comunal. Realidad que se pone de manifiesto de igual modo como acontece en el misterio intra-trinitario; es donación, comunicación, autocomunicación y relacionalidad de personas, pues la Iglesia originada en el tiempo de la Trinidad, es en la historia de nuestro tiempo, icono de la Trinidad, es decir, comunión a imagen de la comunión divina, donde todos los miembros bautizados están enriquecidos por las variedades de sus dones, orientados todos a la utilidad común, constituyendo la verdadera comunión eclesial e integrando las experiencias individualistas.

Ahora bien, esta comunión eclesial que surge de lo alto, del Padre por Cristo en el Espíritu, tiende hacia el origen del cual procede, es peregrina hacia la patria de la Trinidad.

Este llamado de la meta Trinitaria, enseña a la Iglesia a ser relativa ya que descubre no ser absoluta sino instrumento, no un fin sino un medio, pobre y sierva; santa y pecadora, llamada a vivir en constante camino de conversión y renovación y unitariedad. Este llamado a la patria Trinitaria llena la Iglesia de gozo, ésta ya exulta en la esperanza que la promesa ha encendido en ella. Esta sabe que es la anticipación militante de lo que fue prometido en la resurrección del crucificado, el icono de la Trinidad en el tiempo, para que el tiempo camine hacia el encuentro pleno con la Trinidad, cuando Dios será todo en todos y el mundo entero será la patria de Dios.

Al adentrarnos al estudio del misterio Trinitario, hemos podido descubrir que dichos fundamentos teológicos son el alma y la columna vertebral de una espiritualidad comunal. Así como también, hemos podido comprobar el fundamento mismo de la espiritualidad de comunión que supera toda concepción individualista de la espiritualidad en el tiempo. He aquí, entonces, uno de los fundamentos del ser relacional del presbítero como mediador de la Comunión. Su ministerio puede describirse como una complejidad de relaciones en el interior de la Iglesia y en su relación con el mundo a semejanza de la relacionalidad de las personas divinas.